

SEMINARIO PENSAMIENTO Y CIENCIA CONTEMPORANEOS

LA SOCIEDAD DEL SIGLO XXI: VALORES

Sesión miércoles 9 de mayo 2012 (5/5h30'a 8h30')

CSIC (Presidente Emilio Lora)

ETICA Y VALORES EN LA EDUCACIÓN DEL SIGLO XXI

por Ricardo Díez Hochleitner, Presidente de honor del Club de Roma

Ante todo mi más atento saludo a S. M. La Reina Doña Sofía, con el respeto, la admiración, el gran afecto y la lealtad que desde siempre la profesamos a Ella y a la Corona de España que encarna S.M. El Rey.

De ahí también que agradezco tanto más a los organizadores y, concretamente a Teresa Mendizábal -- querida amiga y colega de años en el Club de Roma -- Directora de este muy oportuno e inspirador Seminario, quién me ha dado la oportunidad de participar junto a tan destacados ponentes y participantes.

Majestad, señoras y señores, queridos amigos todos:

El tema escogido para este Sesión (La Sociedad del Siglo XXI: Valores) no puede ser más oportuno y acertado al poner en el centro de nuestra atención los valores ante este siglo XXI ya en curso.

En estos primeros años del tercer milenio, el mundo está imbuido de una sensación de inseguridad y ansiedad que abarca muchos grandes ámbitos, tales como el terrorismo y fuerzas en busca del poder hegemónico, pero también se extiende a la creciente, escandalosa y vergonzosa, pobreza extrema en algunos países e incluso regiones. Esta sensación se refuerza por la gran crisis económica y financiera, además del grave y acelerado deterioro del medio ambiente y el conflicto entre culturas y creencias. Sin embargo, más grave y probablemente la verdadera principal crisis es el relativismo moral prevalente en nuestras sociedades, el cual denota una creciente inconsistencia, verdadera incoherencia, entre los valores éticos frecuentemente proclamados, frente a las ambiciones que alimentan las actuaciones y comportamientos. Tal no es ciertamente el camino apropiado para hacer frente a los actuales gravísimos problemas y desafíos globales.

Más aún, las últimas décadas han sido testigo de una profunda y rápida transformación de la sociedad y de su entorno, lo cual nos está impactando a todos, global, individual, social y medioambientalmente. La Humanidad, cuando está orientada por una arrogancia e ignorancia egoísta, tiene la capacidad de destruir la Naturaleza, nuestro habitat, y puede poner fin a nuestra propia herencia (patrimonio) y existencia. Por el contrario, cuando se guía por la solidaridad, la sabiduría y los principios de una vida comunitaria democrática, la Humanidad mejora la calidad de vida y conserva el medio ambiente, enriqueciendo así también nuestro conocimiento y herencia cultural, tal como se ha venido estudiando, debatiendo a fondo y proclamando por el Club de Roma desde hace ya más de 40 años.

Sin embargo, nuestra atención tiene que estar ahora ampliamente enraizada en el cambio profundo inherente a la transición hacia una sociedad global nueva. La globalización en todos los campos es un fenómeno natural inevitable que puede servir bien sea al interés egoísta de unos pocos explotadores o bien como marco para extender los bienes de derechos y deberes implícitos en democracia, libertad, justicia social y sostenibilidad de lo material, así como la justicia social y humana de hombres y mujeres por doquier desde el máximo respeto mutuo.

De hecho y a pesar de las muy graves amenazas, existen importantes razones potenciales para la esperanza. Incluso podríamos decir que después del mucho “estiercol” que las crisis acumulan podrán nacer abundantes bellas flores...!

Para empezar y gracias a la vida en comunidades democráticas, la Humanidad todavía tiene el potencial en todo el mundo de superar todas las desgracias y miserias. Todo ello a condición de canalizar los inmensos recursos materiales, además y muy especialmente de los recursos espirituales e intelectuales disponibles, en beneficio de un futuro viable, ético y prometedor para todos los seres humanos. Sin embargo, este dilema no puede acometerse desde los términos simplistas de los modelos de desarrollo actualmente al uso, pese a la abundancia de Declaraciones y Resoluciones de alcance internacional, bien intencionadas y escasamente puestas en práctica.

Por lo tanto, lo que necesitamos es un nuevo modelo de crecimiento y desarrollo, limpio de toda clase de excesos, tanto del optimismo lineal del liberalismo tradicional como del optimismo catastrófico de los revolucionarios aficionados o profesionales. Y también libre del candor del racionalismo extremo, de la arrogancia de un planteamiento científico y del voluntarismo cabezota de políticos partidistas.

Necesitamos un modelo nuevo capaz de distinguir entre crecimiento y desarrollo, capaz de ver que lo que importa es el ser humano: Todos y cada uno de los seres humano que habitan sobre la faz de la tierra. En otras palabras, estamos necesitados de un modelo renovado que provenga de la idea de que desarrollo es ser más, crear más, hacer más y compartir más, en vez de simplemente producir más, poseer más y consumir más.

A fin de alcanzar este modelo nuevo necesitamos reconocer que el desarrollo tiene que ser sostenible, a largo plazo, con una dimensión social y humana, por consiguiente, el fruto y el milagro de hombres y mujeres educados.

Hoy en día la mayoría sabe que, para ser totalmente humanos y vivir en paz, libertad y progreso en el siglo veintiuno necesitamos la **Educación** pero también necesitamos adquirir hábitos y actitudes positivas, es decir Formación. A fin de lograrlo, la sociedad en la que vivimos -- empezando por la familia e incluyendo empresas privadas, gobiernos, fundaciones, e instituciones científicas, culturales y educativas – tiene que reconocer la necesidad de realizar un esfuerzo colectivo a fin de que todos nosotros juntos podamos hacer realidad este sueño, esta esperanza.

Sin embargo, tan sólo un debate abierto y continuo puede lograr aunar la voluntad política a fin de alcanzar los necesarios recursos humanos y materiales,

además de lograr una sociedad del conocimiento y desarrollar hombres y mujeres en los cuales se haya transmitido la **sabiduría** – es decir, el *principal recurso* del planeta – a fin de crear un depósito de grandes valores éticos desde donde contribuir al bienestar general y personal.

En todo caso, sin embargo, la Educación nunca debe convertirse en indoctrinación. Una visión objetiva de los hechos, libre de prejuicios, debe ser uno de los principales objetivos de la educación por doquier, así como un derecho y un deber de todos los ciudadanos de democracias genuinas.

En consecuencia, lo que deseamos es educación para la paz, para el ejercicio de democracias participativas y para el progreso que proporciona un desarrollo sostenido y sostenible a largo plazo.

Deseamos educación para servir de la misma forma tanto a nuestros vecinos cercanos como a los más distantes, en un espíritu de solidaridad. Más aún: Queremos la oportunidad de alcanzar el acceso universal al conocimiento, incluso al más avanzado. Tal es la oportunidad de educación y aprendizaje que deseamos para cada individuo, para los miembros de todas las familias, para los ciudadanos de cada comunidad, región o nación; para los miembros de cualquier comunidad supranacional que se establezca; y para todo el planeta. El resultado será paz y bienestar a condición de que procuremos honestamente construir un orden mundial nuevo, justo y viable.

Estamos, por lo tanto, necesitados de una gran Revolución Humana, no sólo para superar la pobreza material sino también la pobreza cultural y moral, desde la ciencia, la educación y la cultura, bienes que empiezan a tomar el lugar del antes primordial capital en la creación del bienestar. Tal revolución conlleva, por lo tanto, no sólo aspectos intelectuales y morales sino también la revisión de los intereses específicos en las estructuras del poder político y económico a todos los niveles. Tenemos que procurar lograr una nueva conciencia humana: Una estructura ética para la supervivencia y el progreso sostenible, utilizando la sabiduría de los pueblos y culturas a fin de educar a favor de la vida democrática en comunidad.

Tema clave en los comienzos del siglo XXI es ver si, al fin, logramos hablar y proclamar no sólo los valores éticos fundamentales universales sino que logramos también llevarlos a la práctica de forma coherente y continuada, tanto a nivel individual como colectivo.

Señoras y señores; queridos amigos

(((Montesquieu ya señaló que “la tiranía florece donde prospera la ignorancia”. También escribió que la democracia exige la participación activa de una población educada. Es decir, que la educación ofrece los medios para establecer una política de gobierno con participación ciudadana activa, así como las bases para eliminar tanto la dominación abusiva como la violencia. También constituye una fuerza moral porque es una manera de enseñar y aprender la tolerancia y el respeto. Por todo ello, la educación es un privilegio que obliga, a quienes tienen acceso a ella, a asumir también ciertas responsabilidades y un reconocimiento de las necesidades de los demás, y por lo tanto, debe ser el principal trampolín para difundir en cada

sociedad y concienciar a cada persona sobre los derechos y deberes humanos en todos los órdenes.

Ahora estamos, en los comienzos del siglo XXI y prolegómenos del tercer milenio ante un mundo aún mucho más cargado de graves desafíos a corto y medio plazo, aunque también sean muchas las oportunidades y las razones para la esperanza, con un balance histórico de no pocos grandes logros frente a inmensos fracasos tal como la actual profundísima crisis financiera y económica.

*Por otra parte y frente a muchas Declaraciones importantes, en particular la Declaración Universal de los Derechos Humanos, tantas veces conculcados, todavía **no** proclamamos igualmente nuestros Deberes individuales y colectivos.)))))*

Hoy en día las amenazas graves a la paz provienen generalmente de las disparidades y de la pobreza creciente, del desempleo ominoso, de las discriminaciones en el proceso de globalización y de la distribución de los recursos naturales, del fanatismo, de ambiciones de dominio, político, ideológico, económico y militar, etc., pese a lo cual no somos o no queremos ser conscientes de ello porque incomoda nuestro egoísmo. Sin embargo, la paz es tan indivisible como la libertad: O bien todos se benefician de una paz atenta a esa diversidad de factores o no se logra la paz. Y eso hay que decirlo también frente a la xenofobia, la marginación y, muy particularmente, frente al odioso terrorismo que ya se extiende por doquier.

En resumen: Cuando hablamos de paz o de violencia y de guerras, nos estamos refiriendo a la paz frente a los terroristas, a los bandoleros, a los secuestradores, a los narcotraficantes, a los proxenetas, y a muchos otros trágicos actores de la muerte, todos ellos parte de la misma ralea junto con los racistas, xenófobos o integristas, corruptos e intolerantes. De ahí también que la educación para la paz tenga que partir de una formación básica y permanente en valores éticos y, a ser posible, morales.

Y por lo que refiere a la Cultura, el artículo 27 de la Declaración proclama el derecho de toda persona “a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten”.

Jamás se ha expresado tan breve y suficientemente la idea de que la cultura es un derecho, justamente porque aquélla es creación colectiva de los pueblos.

Cuando se habla de Cultura debe tratarse de una cultura humanista, desde luego. Para nosotros los creyentes se trata de un humanismo cristiano. Sin embargo, ¿tenemos bien en cuenta que la cultura humanista, para ser tal, tiene que ser integral? Es decir que no podemos quedarnos reducidos a parcelas por intereses coyunturales. A veces se pone énfasis en algunos aspectos y se olvida que las ciencias sociales, humanas, naturales, científicas y aun tecnológicas tienen que ser aprendidas y aplicadas al servicio de la paz y del desarrollo sostenible de forma interdisciplinaria o integral.

Humanismo y Educación tienen que ser enfocados con visión a largo plazo y global, desde cuya reflexión se pueda lograr un desarrollo sostenible humano y

social. De ahí que ese humanismo necesita de la ciencia. El humanismo integral se refiere al hombre en su integralidad de espíritu y de cuerpo. Por lo tanto tiene que atender a múltiples facetas e interrelacionarlas para lograr también una educación interdisciplinaria. Tal es, a su vez, el gran desafío para la educación, para poder atender todos los saberes necesarios a favor de una formación integral de la persona, sin olvidar, la dignidad de cada ser humano y su destino.

Actualmente muchos tratan ya de globalizar los planes de enseñanza. Un plan de estudios verdaderamente global, resultado de una nueva manera de pensar, sería completamente diferente. Ello supondría un acercamiento a los textos, las ideas y los problemas, todo lo cual podría llegar a invertir el proceso de la lógica de Descartes, puesto que comenzaría con la síntesis y aplicaría una lógica universal al análisis de los problemas. En vez de tomar al individuo como el punto de partida y a las inquietudes locales como la conclusión, un plan de estudios global debería partir de los asuntos todos de la Humanidad para tratar finalmente los asuntos locales e individuales.

De ahí que convenga insistir en que educar, propiamente dicho, se refiere a la tarea de formar íntegramente y a lo largo de toda la vida (**educación permanente**), transmitiendo no sólo conocimientos humanistas, científicos y tecnológicos sólidos, además de habilidades y competencias profesionales específicas, sino muy especialmente infundir y practicar actitudes y hábitos coherentemente con los valores éticos y convicciones particulares que dan sentido a la vida personal y de convivencia en sociedad. Por lo tanto, en materia de educación, tenemos que saber ocuparnos del acto educativo, tanto en el aula como en el seno de la familia y en el respectivo entorno social.

En consecuencia, partimos de la idea de que es esencial la transmisión de la cultura, de saberes, de valores, de hábitos, de formación profesional para la vida activa, es decir de apoyos para una vida cultural propia y, no menos, de una vida interior. Sin embargo, esa tarea no es sólo de los padres, aunque sea su principal e indeclinable misión, sino también de los educadores profesionales, quienes no tienen por finalidad enseñar simplemente sino también formar. Y luego también hay que recordar la responsabilidad de los propios alumnos entre sí, de los compañeros, además de todos los sectores de la sociedad, incluyendo, desde luego, a los políticos en sus mensajes, a los empresarios y a los militares en su respectivos campos de acción; a los predicadores y hombres de fe (que deben ser, por definición, profundamente conscientes de su misión educadora); así como a los escritores, periodistas y medios de comunicación social, quienes tienen el deber de orientar a la opinión pública en cuanto deberían actuar como “educadores cara al futuro”, como me gusta llamarlos.

Tantos y tan importantes aspectos de una educación para la convivencia fraternal y el desarrollo social económico ¿desde qué enfoque se deben y pueden proyectar?: ¿Desde la permisividad, siempre contraria al ejercicio verdadero del amor de los padres y de los educadores? o ¿desde unos valores éticos y morales? De no ser así, no van a surgir sentimientos, actitudes, ni hábitos pacíficos o en favor de la paz. Sin embargo, si se educa inspirados por valores éticos y morales propios de una cultura de paz, entonces sí se puede prevenir la violencia, es decir, se puede ayudar a que se ejerza la justicia y la convivencia con amor, empezando en el seno de la familia. En resumen: El AMOR en mayúsculas,

simple y llanamente, es la verdadera y principal „dimensión ética de la educación“.

Queridos amigos

Sin embargo, como ciudadano del mundo y observador de los grandes problemas y desafíos globales, he podido constatar a lo largo de mi extensa vida profesional que el contravalor que está cada vez más en auge en todos los ámbitos es el egoísmo, como ya señalaba al principio. Y, por cierto, el egoísmo va siempre de la mano de la ignorancia supina, aunque sean gentes con muchos títulos, del mismo modo que, por contraposición, el conocimiento imbuido de valores contribuye siempre a la solidaridad si se aprovecha a la hora de resolver los problemas. Por eso es que queremos una educación que forme, desde luego, sobre nuestros orígenes, devenir, realidad presente y futura posibles, además de una educación que permita alcanzar una cultura integral, tanto literaria como científica y tecnológica. (((incluidas las nuevas tecnologías en continua y acelerada expansión, para superar el actual analfabetismo funcional de muchos supuestos hombres cultos.)))

Eso es lo que debe constituir el entramado del mundo de hoy y del mañana: Acceder al conocimiento y superar el egoísmo: Eso quiere decir educar para obtener información y conocimiento, sí, pero siempre en busca de la sabiduría!. Es decir: Propugnar una educación con la que obtengamos la paz individual, la paz interior, gracias a la pedagogía del ejemplo ejercido por quienes ejercen los Deberes y Responsabilidades Humanos, además de sus Derechos Humanos, desde la sabiduría de sus mayores.

En resumen: Para cooperar en la solución de las necesidades básicas de todos bajo el signo de la solidaridad y del amor, tenemos que procurar un cambio de paradigma en la civilización actual. Es decir, pasar del pensamiento dominante (materialista, consumista y derrochador) hacia un humanismo renovado, gracias a la educación permanente basada en valores y consciente de la inexorable necesidad de lograr un desarrollo sostenible social y humano, en paz y en armonía entre los hombres y de éstos con la Naturaleza, nuestro habitat. Sin embargo y a tales fines, la primera acción coherente de los Estados democráticos tiene que reflejarse en la prioridad que den a la Educación en sus presupuestos.

Concretamente, las escuelas, los institutos y, sobre todo, las universidades son o deben ser siempre el norte de la respectiva sociedad, pero la sociedad del mañana será un espejo de nuestros centros educativos de hoy. De hecho, ninguna sociedad es finalmente superior a sus universidades, en cuanto centros de educación superior y de investigación que permiten acceder al decisivo I+D+i. Por ello, si logramos cambiar los sistemas educativos de forma seria, objetiva y con firme sentido de continuidad en lo esencial, podremos llegar a crear un clima en el que el respeto, la tolerancia y la generosidad de espíritu sean aceptadas como metas anheladas por todos, junto con condiciones económicas y sociales dignas para los individuos y la sociedad.

En consecuencia, necesitamos adoptar un modelo educativo nuevo y bien definido hasta lograr una verdadera revolución en la enseñanza y en el

aprendizaje. La utilización de las nuevas tecnologías pueden y deben contribuir a superar más rápida y eficazmente las barreras de tiempo, espacio, economía y cultura que separan a las gentes. Pero éste no es el obstáculo mayor. El problema de fondo es lograr crear un honesto afán de cambio viable y sostenible a favor de una paz activa. Lo cierto es que todos reconocen el papel clave y el poder de la educación, por lo que ningún Estado está dispuesto a ceder el control de esta fuente de poder cultural, económico y político. De ahí también que nunca se ha propuesto aún un plan o programa educativo internacional o global, excepción hecha de algunos debates en torno a informes mundiales de la UNESCO, del Banco Mundial o, más recientemente, de la OCDE con cifras comparativas sobre el rendimiento los estudiantes.

Frente a todo ello debe existir un reconocimiento internacional sobre la importancia de la educación y del significado del papel del profesor en beneficio de cada ciudadano del mundo. De hecho, se deberían replantear los métodos con los que se enseña y se aprende para crear un plan educativo verdaderamente global en cuanto a los valores esenciales propios de todo ciudadano del mundo.

Lo que la gente merece cuanto antes es una visión inspiradora y viable, acompañada de un vigoroso liderazgo. Las instituciones educativas deberían ser el centro desde donde esa visión resplandeciera. Cada acción, cada pensamiento debería estar al servicio de la visión de un mundo en el que sean desterradas la violencia, la intolerancia, el egoísmo y la ignorancia a fin de superar no sólo la pobreza material sino, muy especialmente, la pobreza cultural y moral.

Por último, quiero decir que la educación no tiene lugar solamente en la escuela, institutos, colegios o facultades, ni a determinadas horas. La educación acontece cada día, todo el día. Cada uno de nosotros inconscientemente es un educador, a veces sin saberlo. Cada uno de nosotros es o debe ser un ejemplo a seguir: Un activista de la “pedagogía del ejemplo”.

La educación es la responsabilidad no sólo del maestro o de los padres. Es la responsabilidad y el deber de todos, de cada ciudadano. El plan educacional que precisamos crear debe ser compartido por todos. Esto quiere decir que todo proyecto educativo debe irradiar mucho más allá del aula. Debe ser un plan de vida que conlleve un plan para el futuro de la vida en la tierra. De ese modo, el mundo nuevo en ciernes permitirá que la grandeza del espíritu humano se eleve y haga de cada uno de nosotros un co-artífice del futuro. Por todo ello debemos volcarnos en los jóvenes y animarles a que asuman sus responsabilidades y el liderazgo necesario para hacer realidad un futuro mejor y en paz para las generaciones futuras.

Gracias por Su atención, Majestad y queridos amigos todos!